

por los que ellos de presente cometen; á esto respondo que no pueden ser mayores pecados los que agora cometen, que aquellos por que Dios destruyó y asoló á Hierusalem y á su sancto templo por Nabucodonosor (s); y tomada esta venganza, mandó al profeta Hieremias que dijese á aquella poca gente que habia quedado en Hierusalem estas palabras (t): Si estuviéredes quietos en esta tierra, yo os sustentaré, y no os destruiré; plantaros he, y no os arrancaré; porque ya estoy aplacado con el castigo que os di. Y no os temais del rey de Babilonia, porque yo estaré con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. Por estas palabras entendemos cómo queda Dios aplacado despues de haber castigado, y que es gran disparate decir que lo que ya castigó dos mil años ha, que agora lo vuelve á castigar. Estas son las invenciones que buscan para huir de la verdad los que están obstinados en su ceguera.

Contra estos mismos hacen aquellas palabras que dice Dios por Hieremias (v): En aquellos dias no se dirá mas; los padres comieron las uvas acedas, y los hijos padecen la dentera; porque cada uno morirá por el pecado que tiene cometido. Todo hombre que comiere las uvas acedas, ese padecerá la dentera. La cual sentencia declara el profeta Ezequiel por estas palabras (x): El ánima que pecare, esa morirá; y el hijo no pagará por la culpa de su padre, ni el padre por la del hijo. La justicia del justo estará sobre él, y la maldad del malo cargará sobre él. Esta es ley justísima de aquel soberano y justísimo Juez. Porque de otra manera, ¿qué cosa ménos para creer, que castigar agora Dios á cabo de dos mil años en los hijos inocentes la culpa ya tanto tiempo ántes castigada en los padres que la cometieron? ¡Oh cuánto puede la obstinacion y la ceguera en los que el príncipe de las tinieblas tiene ciegos; pues les hace creer cosas tan indignas de la bondad y justicia de Dios!

§ XIII.

Del estado en que están los que aun permanecen en su incredulidad.

A todas las profecías que hasta aquí habemos referido, añadiré otra, la cual explica con tanta claridad el estado de la parte de esta gente que está ciega, que sola esta, sin las demas que habemos alegado, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de notar que queriendo Dios representar el estado en que habia de quedar su pueblo si no recibia al Salvador, que era, ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, mandó al Profeta Oséas (y) que pudiese su afición en una mujer muy querida de su marido, pero con todo eso adúltera: para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo; y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo (dice el Profeta) hice lo que el Señor me mandó, y di en dote á esta mujer quince dineros de plata, y ciertas medidas de cebada, y díjele: Muchos dias me esperarás: no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido; y yo tambien te esperaré. Esta es la semejanza de lo que Dios queria representar. Tras de esto añade luego el Profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: Porque muchos dias se pasarán, en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin

(s) 4. Reg. últim. (t) Hierem. 42. (v) Hierem. 51. (x) Ezech. 18. (y) Osee 5.

vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y despues de esto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios, y á David su rey, y reverenciarán el nombre del Señor y su bondad: y esto será en el fin de los dias. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta: las cuales no podrán dejar de poner admiracion á quien considerare, cómo este Profeta dos mil años ántes debujó la manera del estado en que agora vemos la parte de este pueblo que está ciego, con tan claras palabras, como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra despues de la destruccion de Hierusalem y de aquel reino; pues esta parte de gente ni tiene rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el Profeta á esta su mujer: No fornicarás, ni estarás con tu marido. Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado adorando los ídolos (como lo hacia ántes), ni tampoco está con su marido, que es Dios; pues no está en su amor y gracia. Y no lo está; pues no ha querido recibir á su rey David, que es nuestro Salvador, á quien él mandó que recibiesen y obedeciesen so pena de su castigo y indignacion (z).

Concluyo pues este discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar, ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del príncipe de las tinieblas, grande la malicia de la voluntad depravada, grande el azote desta ceguera. A lo ménos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez; porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

CAPITULO II.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos agora esta materia recogiendo della el conocimiento de la verdad, que es la raiz y fundamento de nuestra salvacion. Para lo cual conviene primeramente que todos los que tienen necesidad de la luz de esta doctrina, consideren la grandeza del negocio de su salvacion, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre: con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo digo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos é impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razon y pasion, y cómo no caben ambas en un sujeto. Porque así como al que pone un vidro verde ó amarillo sobre los ojos, todas las cosas le parecen ser del mismo color, así la pasion hace parecer las cosas tales cuales ella las representa. Debe tambien el amator de la verdad estar dócil, y dar oidos á todo buen consejo y razon, y no estar obstinado, y tapados los oidos, como hace la serpiente cuando la quieren encantar. Debe tambien despedir de sí toda soberbia y presumpcion; pues está escripto, como dice Salomon (a), que donde está la humildad, ahí está la sabiduría. Y acuérdesse que para el

(z) Deut. 18. (a) Prob. 11.

que esta luz desea, es vanísima razon decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo: pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo, serian verdaderas; y cada cual de los que las siguen podria decir lo mismo. Lo cual es imposible; pues estas sectas se contradicen unas á otras, y cosas contrarias no pueden ser ambas verdaderas. Tambien debe el amator de la verdad despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de defender su ley por razon, sino por armas; lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razon; la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz (b), que se derivó en nuestras ánimas para regir y ordenar por ella nuestras vidas.

Y pues toda esta materia que tratamos se resume en reconocer á nuestro Salvador por el verdadero Mesías prometido en la ley, pongamos los ojos en las obras señaladas que (segun el testimonio de los profetas) este Señor habia de obrar en el mundo cuando viniese; y por ellas le conocerémos. Porque estas obras estaban de tal manera reservadas para su venida y persona, que ningún otro las habia de acabar sino él. Vemos pues claramente el cumplimiento de todas ellas. Porque primeramente por sus discípulos y doctrina fué desterrada aquella general pestilencia de la idolatria, que quitado el rincón de Judea reinaba en todo lo descubiertó del mundo. Vemos que por ella los honrados de los falsos dioses vinieron en conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Israel. Vemos que de Hierusalem salieron los discípulos del Salvador (c) que tomaron á cargo esta tan gloriosa empresa, y despues de muchas batallas, y mucha sangre valerosamente derramada, al cabo salieron con ella. Vemos que de aquella masa corrompida y abominable de la gentilidad (que estaba sumida en el cieno de todos los vicios) se levantó tan gran número de santos, de pontífices sanctísimos, de confesores, de monjes religiosísimos, de compañías de vírgines purísimas, y (lo que mas es) de mártires innumerables que murieron por esa fe que ántes impugnaban; en los cuales se cumplieron aquellas profecías de Esaias (d) donde dice que los dragones y bestias fieras alabarian á Dios, y que los páramos y tierras estériles se convertirian en jardines floridos, y los sequedales en rios y fuentes de agua; y que en las cuevas donde moraban primero los dragones, nascerian cañaverales y juncos, y que allí habria camino sancto. Vemos otrosí cómo el imperio romano domador del mundo, se sujetó á Cristo dende el tiempo del emperador Constantino, y despues todos sus sucesores. Vemos (lo que nadie puede negar) conforme á la profecía de Daniel (e), que pasados poco mas de cuatrocientos noventa años despues que el rey Ciro mandó reedificar el templo de Hierusalem (que son los años que comprenden las setenta hebdómadas deste Profeta), esta ciudad con su templo fué abrasada, arrasada y puesta por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra, y sin jamas hasta hoy haber podido ser reedificada, como él tan claramente lo profetizó (f). Vemos que los que no quisieron recibir al Salvador, andan hoy dia desterrados por todas las naciones del mundo, tan vejados y maltratados como todos sabemos. ¿Pues quién pudo denunciar estas cosas tantos mil años ántes, sino Dios? ¿Y quién pudiera acabar cosas tan grandes, sino Dios? ¿Quién pudiera desterrar la idolatria de todo el mundo, sino Dios? ¿Quién reducir tantas naciones al conocimiento de un solo Dios, sino Dios? ¿Quién hacer semejantes á los ángeles los hombres que eran semejantes en la vida á los demonios (que eran los gentiles), sino Dios? ¿Quién traer al imperio romano á que dejados sus antiguos dioses, adorados en todos los siglos por todos los príncipes del mundo, adorase un hombre crucificado entre ladrones por verdadero Dios, sino Dios? ¿Quién pudo destruir y deshacer totalmente aquella república de Judea, mas antigua que la romana, sino Dios? (g) Pues ¿quién dudará ser Dios el que todo esto pudo denunciar ántes que fuese, y despues ejecutarlo y poner por obra cosas tan grandes?

Y demas desto, si este Señor habia de venir al mundo ántes que aquel templo se destruyese (como está dicho (h)), y ántes que el sceptro del tribu de Judá se acabase (i); y vemos el templo tantos mil años ha destruído, y el sceptro acabado, ¿quién puede dudar ser ya venido el que en esta sazón habia de venir?

Por tanto ruego agora á todos los que teneis necesidad de la luz desta doctrina, por reverencia de un solo Dios, amator de la salud de las ánimas, y lumbre de los corazones humildes, y por lo que debéis al negocio de vuestra salvacion, que despedidas todas las nieblas de iras, y odios, y pasiones, y toda obstinacion y dureza de corazon, pidais á aquel que es padre de las lumbres os quite el velo de la ceguera de delante los ojos, y esclarezca vuestro entendimiento, y os dé á sentir la fuerza de las razones y profecías que aquí habemos alegado; para que por las profecías y obras que la doctrina del Salvador obró en este mundo, conozcais ser él el verdadero Mesías: cada una de las cuales por sí sola es bastante para prueba de esta verdad, cuanto mas concurriendo todas ellas juntas en él. Porque si para solo él estaban reservadas estas hazañas tan universales y tan notables, síguese que nadie las pudo hacer sino él. Y pues las vemos tan claramente cumplidas, á él recibamos, á él adoremos, á él confesemos; para que así seamos participantes de los grandes bienes que él trajo consigo al mundo. Y si esta breve doctrina no bastare para convencer los duros y obstinados, muchos habrá dóciles, humildes y tractables á quien aproveche: mayormente pues, como Sant Pedro dijo (k), no es Dios acceptador de personas, ni de linajes; pues él es Padre y Criador de todos, y él dice que está á la puerta llamando á nuestros corazones para que le queramos recibir en ellos.

CAPITULO III.

De las falsedades y fábulas del Talmud.

Despues de estos tan ilustres testimonios de las Sanctas Escrituras (con los cuales tan claramente se prueba la venida de nuestro Salvador, y se convence la ceguera de los que otra cosa creen), hay otro gravísimo argumento para convencer esta ceguera, que son las fábulas y disparates del Talmud.

(g) August. lib. 18. de Civ. Dei, cap. 22. tom. 5. Joseph. Judæus, cont. Ap. (h) Aggæi, 2. (i) Genes. 49. (k) Act. 10. Dent. 10. 2. Par. 19. Job. 51. Sap. 6. Eccl. 53. Rom. 2. 1. Petr. 1. Apoc. 5.

Estas fábulas y patrañas mandó el papa Benedicto (*) sacar del dicho libro á un médico suyo, grande letrado en la ley, que se habia convertido á nuestra fe. Lo cual hizo él fielmente, declarando el libro, y el capítulo, y las primeras palabras del capítulo en su misma lengua hebrea, para que nadie pudiese dudar de lo que decia. El libro de estas falsedades hizo imprimir Don Gaspar, de religiosa memoria, arzobispo de Goa en la India Oriental. Parte de estas fábulas y mentiras escribimos en nuestra Introduccion del Símbolo, en la cuarta parte en el capítulo xxii. Donde hallará el prudente lector extraños disparates y locuras que contiene aquella secta: y no acabará de espantarse de entendimientos que dan oídos á cosas tan monstruosas.

Estas mismas locuras que este autor recopiló, refiere tambien Sixto Senense en la Biblioteca Sancta, en el libro 2, fol. 199, el cual añade á estas otras no ménos monstruosas. Y aunque ellas sean tales que parece cosa increíble estar tales cosas escritas y mandadas creer so pena de muerte; pero quien considerare á qué extremo de ceguedad llega una ánima desamparada de Dios, esto y mucho mas creará de la ceguedad y malicia humana. Si no, vea qué milagros no vió Faraon en Egipto (a), y los pontífices y fariseos que condenaron al Salvador (b), pues les constó de la resurreccion de Lázaro y de la del mismo Señor, y con todo esto perseveraron en su ceguedad y malicia.

Ni tampoco pueden decir que estas cosas no están escritas en aquel libro; pues sabemos que todas las sinagogas de Italia están llenas destes libros: tanto, que (como dice este autor) en sola la ciudad de Cremona se quemaron doce mil libros destes, por mandado del sacro senado de la Inquisicion de Roma. Y con todo esto ellos untan bien las manos de los impresores, y hacen imprimir secretamente los tales libros.

Y cuán grande argumento sea este para desengañar á los que desean ser desengañados, y llegar al conocimiento desta tan importante verdad, parece claro por esta razon. Porque para convencerse un entendimiento por el testimonio de las sanctas Escrituras, es necesaria fe, que es sobre toda razon; mas para juzgar cuán grandes sean los disparates del Talmud, basta la lumbrera natural de la razon que tiene cualquier hombre, por infiel y bárbaro que sea.

Mas con todo esto yo no me atreveré aquí á escribir estas falsedades: lo uno por ser muchas destas tales que no podrán dejar de dar grandes motivos de risa á quien quiera que las leyere (y yo no quiero dar en este libro motivos para reir, sino para llorar y edificar las ánimas); y lo otro, por ser muchas destas torpísimas y deshonestísimas; y por esto no quise ofender con ellas á las orejas castas y limpias, puesto caso que solas ellas bastaran para ver claramente la ceguedad y engaño de los que tales cosas creen. Porque así como fué gran parte para desterrar la idolatría de los gentiles, declarar la vanidad de sus dioses, sus casamientos, sus adulterios, sus incestos, sus celos, sus pasiones y sus disensiones, que son cosas tan ajenas de la naturaleza divina: así estas patrañas y mentiras tan feas fueran mucha parte para convencer la falsedad deste engaño.

Mas con todo eso ruego á toda persona que desea ser desengañada, y confirmada en la verdad de la fe, que

(*) Alías Petrus à Luna Antipapa. (a) Exod. 7. etc.

(b) Joann. 9. Idem 11. Matth. 23.

lea á Sixto Senense en el lugar susodicho; el cual punto por punto alega los libros y capítulos donde cada cosa destas está escrita. De donde resultará que los fieles que originalmente descenden desta nacion, no podrán dejar de dar infinitas gracias á nuestro Señor por haberlos librado de tan monstruosos errores y falsedades. Desta manera Sant Augustin acordándose de los errores y herejías en que habia vivido (de que la misericordia de Dios lo habia librado) le da gracias con aquellas palabras del salmo (c): Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. Pues desta manera darán gracias los que por esa misma misericordia se ven libres de tantas ceguedades y engaños en que pudieran perseverar, como otros muchos han perseverado. Cuando los hijos de Israel (d), pasado el mar Bermejo, vieron ahogados los egipcios, comenzaron á cantar alabanzas á nuestro Señor por verse libres de tan crueles enemigos. De modo que los que ántes les eran materia de grande temor cuando estaban vivos, despues lo fuéron de alegría y alabanza cuando los vieron muertos. Pues desta manera cantarán alabanzas al Señor los que mediante la lumbrera de la fe vieren tales monstruos muertos en su corazón, viéndose por ella libres de errores tan monstruosos y pestilenciales como en el libro susodicho leerán.

CAPITULO IV.

Respóndese á algunas objeciones acerca de lo dicho.

Despues de haber declarado cómo todas las señales que los profetas nos dieron para conocer al Mesías, concurren en la persona de nuestro Salvador, quedábanos para conclusion desta materia responder á los puntos principales en que tropieza la parte del pueblo que no le ha querido recibir. Esto hicimos en la Introduccion del Símbolo en once diálogos; en los cuales pretendiamos instruir un catecúmeno recién convertido á nuestra fe, explicándole llanamente los artículos principales della; adonde remitimos al que esto quisiere saber. Mas en este summario darémos una respuesta general á todos estos puntos; y esta será declarar cómo nuestro Señor Dios mandó en el capítulo xviii del Deuteronomio que obedeciésemos y diésemos entera fe á todo lo que nos enseñase el Mesías cuando viniese, so pena de ser él vengador de quien así no lo hiciese. Esto dijo él á Moisen por estas palabras (a): Yo levantaré un profeta de en medio de tus hermanos, semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y decirles ha todas las cosas que yo le mandare decir; y yo seré vengador del que no quisiere oír las palabras que él en mi nombre hablare. Por este profeta tan señalado, de que nuestro Señor aquí habla, entienden todos al Mesías. Y á este nos manda Dios obedecer, y creer todo lo que él nos enseñare. El pues nos enseñó todos los artículos y misterios de la fe, que profesamos, los cuales estamos obligados á creer; pues así nos lo manda Dios; y en lo que él manda, no ha lugar de dubda ni de disputa. Esto debe bastar por agora al verdadero y humilde cristiano que se rige por fe y palabra de Dios.

(c) Psalm. 115. Lib. 9. Confess. cap. 1. (d) Exod. 14. 15.

(a) Deut. 18.

§. I.

Respóndese á los que se ofenden de la pobreza y humildad del Salvador.

Con todo esto me pareció responder aquí á algunos principales puntos en que tropiezan los que no han recibido este Señor. Entre los cuales uno es, ofenderse ellos de la pobreza y humildad en que vivió. Porque esperaban ellos un rey Mesías temporal, mas rico que Salomon, y mas poderoso y guerrero que Alejandro Magno ó Julio César. A esto suficientísimamente se responde con la profecía de Zacarías (b), el cual manifestamente dice que este Señor habia de ser pobre, y como tal habia de entrar en Hierusalem, no en carros triunfales ni caballos, sino en una pobre asnila con su pollino. Y lo mismo profetizó Esaías en el capítulo lxi, que todo trata de la sagrada Pasión, donde dice que vió al Señor desfigurado, y que por esto no fué reputado ni conocido por quien él era, como lo vemos cumplido en los que todavía perseveran en su incredulidad.

Esto solo debe bastar para el desengaño de los que otra cosa esperan. Mas la conveniencia y razon desta humildad y pobreza declaramos en la parte precedente, capítulo xv, §. único, donde remitimos al prudente lector deseoso de saber la verdad.

Mas á lo sobredicho añadiré aquí que las riquezas no son verdaderos bienes (pues no hacen buenos á sus dueños), sino cosas indiferentes para bien y para mal. Mas porque nuestra naturaleza (generalmente hablando) está mas inclinada al mal que al bien, por la corrupcion del commun pecado; de aquí es que los hombres usan mas dellas para el mal que para el bien; mayormente si caen en manos de hombres vanos ó mal inclinados, porque esto es como dar armas á un furioso, ó dineros á un tahur. Y así vemos que los tales communmente son activos, y presumptuosos, y menospreciadores de los otros, regalados, confiados en sí mismos y olvidados de Dios; porque no tienen necesidades que los obliguen á acordarse dél, como las tienen los miserables. Finalmente, son tantos los impedimentos para que nos dan materia las riquezas, que vino á decir el Salvador (c), que mas fácil cosa era entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos. Bien veo que este es encarescimiento; mas por él quiso aquel Maestro que vino del cielo declararnos la grandeza deste peligro. Y con esto contesta el Eclesiástico, diciendo (d): Bienaventurado el rico que fué hallado sin mácula de pecado, que ni se fué en pos del oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarle hemos, porque hizo maravillas en su vida? En las cuales palabras claramente da á entender cuán gran maravilla sea hallarse un rico sin mácula de pecado. Y en decir, quién es éste, y alabarle hemos, declara cuán pocos sean los que desta mácula carecen.

Para confirmacion de lo dicho basta ver que muchas nobilísimas repúblicas vinieron á perderse cuando la prosperidad y abundancia de riquezas entró en ellas. Porque ¿qué otra cosa destruyó la república de los lacemonios, y tambien de los romanos? Si no, preguntemos á Juvenal (e) cual fué la causa de tantas monstruosidades de los vicios de Roma, sino (como él

(b) Zachar. 9. (c) Marc. 10. (d) Eceles. 31. (e) Juvenal Satyr. 6. apud August. Epi. 5. ad Marcellin. tom. 2.

expresamente dice) haberse perdido la pobreza antigua en que vivian, cuando entre ellos florescian las artes de la guerra y de la paz. Y no ménos claro dice Tito Livio que la prosperidad y abundancia de riquezas puso á Roma en el extremo de todos los males; el cual era tal, que ya no podian sufrir sus vicios, ni tampoco los remedios dellos.

Siendo pues esto así, ¿cuán gran desatino es esperar un Mesías que nos venga á henchir de bienes que de tantos males han sido causa? Está tan léjos esto de la verdad, que la primera cosa que hacian los fieles que habian creído en Hierusalem (f), donde mas que en otra parte floreció la religion cristiana, era desposeerse de sus haciendas, y despues de vendidas poner el precio dellas á los piés de los apóstoles, para que ellos las dispensasen como les pareciese. Y de los fieles de la misma nacion que moraban par de Alejandría, escribe Filon (g), nobilísimo autor entre los judíos, que la primera cosa en que se fundaban, era renunciar todas sus haciendas, por tener los corazones libres para la divina contemplacion; con la cual eran muchos dellos de tal manera recreados, que á veces se les pasaban seis dias sin tomar mas recepcion corporal que este pasto espiritual. Pues segun esto, ¿cuán léjos estarian los tales de esperar Mesías temporal que los enriqueciese, pues el fundamento de su vida era el menosprecio destas riquezas?

§. II.

Diferencia de los bienes desta vida, y cuáles sean los verdaderos que nos trajo el Salvador.

Y para mas clara inteligencia de lo dicho apuntaré aquí tres diferencias de bienes que los filósofos señalan: unos que llaman externos ó exteriores, por estar fuera del hombre; como son riquezas, mandos, señoríos, oficios y dignidades, y cosas semejantes; aunque estos no llaman bienes, sino (como ya dijimos) cosas indiferentes para bien y para mal; otros hay que son bienes de nuestro cuerpo, como son salud, fuerzas, buena complexion, lijereza y hermosura, y otras tales cosas, que tambien se hallan en algunos brutos animales; otros hay que pertenecen al ánima, que son propios del hombre, como son ciencia, prudencia, sabiduría, y finalmente todas las virtudes, así las tres teologales, como las cuatro cardinales, con todas las otras que se comprehenden debajo destas. Estas pues son propios y verdaderos bienes, que bastan para hacer al hombre verdaderamente bueno; y esto de tal manera, que el que estuviere rico y abastado destes bienes, aunque carezca de todos los otros, y sea mas pobre que Job, y mas enfermo y llagado que el pobrecico Lázaro (h), este tal á boca llena se llamará bueno; y por el contrario el que estuviere abastado y lleno de todos los otros bienes, y sea mas rico que Salomon, y que todos los reyes de los persas, y mas victorioso que todos los emperadores romanos, si le faltare la virtud, no se puede llamar mas bueno de lo que se puede agora llamar el gran turco, ó el Sofí.

Pues siendo esto verdad, y siendo cierto que el Mesías fué tantas veces prometido por todas las edades y por todos los profetas (i) con tan grandes encarecimientos, que dan voces á todas las criaturas insensibles para que prediquen y canten á Dios cantares nuevos por la gran-

(f) Act. 2. 4. 5. (g) In lib. de Vita contemplativa, in princip.

(h) Luc. 16. (i) Psalm. 46. 95. 96. 97. Esai. 49. etc.